

LIBROS

***Martín Fierro como obra portadora de valores cristianos enraizados en el ser cultural argentino*, por Alicia Lidia Sisca, Buenos Aires, Universidad Católica de La Plata, 2002, 239 págs.**

Este ensayo alza la mirada hacia un horizonte más lejano que textos anteriores, detalladamente mencionados por la autora, quien también han estudiado la religiosidad en *Martín Fierro*, ya que sostiene que «los principios que sustentan la obra son los de la doctrina católica y que éste es el tema principal de *Martín Fierro*, el que hace que el texto haya trascendido la época, el lugar y la anécdota que relata y resulte fuente de vitalidad para constituir nuestra identidad nacional».

El prólogo auspicioso de Olga Fernández Latour de Botas, Miembro de Número de la Academia Nacional de la Historia, y una sucinta y esclarecedora introducción de la autora abren paso a un recorrido por los antecesores españoles que nos han dejado como herencia los valores cristianos que siguen latentes en nuestra cultura nacional y, por consiguiente, están presentes en el poema gauchesco.

A continuación, la autora ahonda en la figura del gaucho: su tipo, la etimología de su nombre, la pervivencia del tipo en sus descendientes y como figura literaria de gran connotación cultural e ideológica y, también, en el papel del payador, especie de poeta y canta-autor que deja aflorar su sabiduría de vida y religiosidad en el ritual de la payada, y desafia a otros en la payada de contrapunto.

La quinta parte de la obra es la medular, ya que nos propone adentrarnos en la temática que nos convoca: «La doctrina cristiana como sustento de *Martín Fierro*». Aquí, la autora delimita con lucidez las diferencias entre religiosidad y superstición, y sostiene que el gaucho es religioso aunque desconozca los fundamentos teológicos de sus creencias, pues no fue instruido en ellas sistemáticamente, pero ha experimentado el dolor, el pecado, la culpa y el perdón, pilares esenciales de la vida cristiana.

Alicia Sisca acompaña a Fierro en sus aventuras y va rastreando en los versos hernandianos las invocaciones religiosas y la contundente presencia de los sacramentos, de las virtudes cardinales y las teologales, de los dones del Espíritu Santo y los diez mandamientos. Todo esto contenido magistralmente entre sextinas y décimas con rima consonante nos sorprende al ser develado como el agua que emerge debajo de las piedras. Siempre estuvo allí, como una oración envuelta en la payada, y este estudio minucioso del poema se encarga de realzar la voz de las plegarias cantadas por José Hernández en la voz de su personaje.

En el *Martín Fierro*, el autor propone una sociedad más justa sobre el fundamento de valores universales como la familia, la tradición, el trabajo, la amistad, y la religión. Y yendo contra los prejuicios de su época, elige al gaucho para encarnar esos valores y derribar el mito del «bárbaro». En «Cuatro palabras de conversación con los lectores» José Hernández se dedica a enumerar lo que rescata y a la vez fomenta en el gaucho: «trabajo honrado»; «virtudes morales que nacen de la ley natural»; «respeto por los demás»; «aprecio de sí mismo»; «amor a la libertad»; ser «fieles a la amistad» y «enemigos de la holgazanería y el vicio»; tener amor por los padres, los hijos y la esposa, entre otros.

Estos valores en la idiosincrasia del gaucho y el *ethos* nacional están íntimamente relacionados con la religión cristiana, lo que justifica en el poema la posibilidad de una lectura desde el punto de vista espiritual y cristiano. Además, José Hernández hace explícita su intención de escribir «inculcando en los hombres el sentimiento de veneración hacia su Creador, inclinándolos a obrar bien.»

Martín Fierro simboliza la oveja descarriada, el hombre que pierde sus valores, que desespera y se apega al vicio para olvidar sus penas. Pero determinados encuentros con otros seres humanos espiritualmente simbólicos le ayudan a recuperar el rumbo perdido.

El encuentro con la cautiva es el punto más elevado de la obra. Fierro es capaz de sentir la piedad más sincera; incluso, llega a arriesgar su vida por salvar una ajena. La cautiva puede ser interpretada como una imagen de la Virgen, la dolorosa, junto a su hijo sacrificado. Ella despierta las virtudes adormecidas en Fierro y lo ilumina en su camino de regreso del desierto, el lugar de la purificación. Una vez en sus pagos, el gaucho está modificado: ya no busca pelea, sino una vida digna y encontrar lo perdido. Los consejos que les da a sus hijos son la culminación del camino espiritual de Fierro en que nos deslumbra con su sencilla sabiduría, adquirida en la dura escuela de la vida.

Este recorrido es el que realiza todo hombre, gaucho o no, a lo largo de su historia personal. De este modo, puede ser interpretado, por una parte, como la construcción del *ethos* de una nación, y por otra, como el aprendizaje espiritual del hombre en su religiosidad cristiana.

A medida que profundizamos el análisis del poema de la mano de Alicia Sisca, descubrimos que Martín Fierro es un gaucho y todos los gauchos; es un argentino y todos los argentinos; es un hombre y todos los hombres y, por lo tanto, trasciende lo local, lo nacional, aunque a su vez lo representa, y alcanza valor universal como hombre cristiano de todos los tiempos.

María Laura Pérez Gras

Mosaico Literario, por Héctor Álvarez Castillo. Buenos Aires, Desde la Gente, 2005, 127 págs.

Héctor Álvarez Castillo nos presenta en este libro una antología personal en la que reúne poesías de distintas colecciones como *Amatista*, *Zafiro*, *Esmeralda* y *El faro de la tempestad*, cuentos pertenecientes a *Metamorfosis* y partes de *Camino a Babel*, libro dedicado a Jorge Luis Borges sobre el que se extiende poniendo de relieve distintos aspectos de su estilo y de su relación con otros escritores.

El autor se propone agradar al lector, jugar con él e invitarlo a que lo conozca a través de los textos que considera más significativos dentro de su producción de ya casi tres décadas. Castillo desea que a partir de este primer encuentro, sigamos recorriendo junto a él el camino de las Letras.

El libro se divide en tres partes; *Poemas*, destacándose 'Ciudad', donde pinta lo sentimientos encontrados que experimentan todos los habitantes de Buenos Aires; *Cuentos*, con cuatro composiciones entre las que brilla «Metamorfosis», y *Camino a Babel*, en la que encontramos «Borges corrector», interesante tex-

to que transcribe un encuentro que tuvo Castillo con el autor de *El Aleph*, quien le aconseja cambiar una palabra, desarrollándose, luego, un diálogo que nos ilustra sobre el trabajo que él mismo realizaba con sus obras para alcanzar la ansiada *plena eficacia e invisibilidad*.

En suma, a través de esta selección de Héctor Álvarez Castillo podemos conocer un poco de cada una de sus múltiples aristas creativas.

María Josefina Parodi

Literatos y excéntricos. Los ancestros ingleses de Jorge Luis Borges, por Martín Hadis. Buenos Aires, Sudamericana, 2006, 510 págs.

Una biblioteca podría llenarse con material dedicado a Borges. Cada aspecto de su vida y de su obra es susceptible de estudio, cada mínimo detalle ha sido estudiado y amplificado hasta la hipérbole. Sin embargo, sobre sus antepasados ingleses no había datos específicos. *Literatos y excéntricos* viene a salvar con éxito ese vacío.

Una feroz independencia de criterio y una incesante vocación de pensamiento, sostenida en una apertura mental avocada a la amplitud y la tolerancia, se traducían en juicios tajantes y polémicos, de una lucidez que deslumbra y una inteligencia ilimitada y brillante. Alguna vez Abelardo Castillo afirmó que, en literatura, es muy difícil pensar algo en lo que Borges no hubiera pensado antes. Es claro: Borges era un ser literario, un hombre exclusivamente de letras, de la palabra, con una conciencia sobrenatural de los temas que atiende la escritura (basta leer sus primeros libros para ver que a los veintitantos años ya había entendido casi todo lo que hay que entender para ser un escritor).

Lo que *Literatos y excéntricos* expone es que Borges no fue un relámpago en un cielo despejado. Antes bien, fue la culminación de una dinastía intelectual y erudita que, iniciada en Inglaterra a mediados del siglo XVIII, llegó a la Argentina tras una «trama de azarosas circunstancias». A partir de los escasos datos dispersos en sus biografías o que el mismo Borges manejaba, Martín Hadis ha logrado reconstruir en detalle, tras cinco años de investigación en diversos países, la ascendencia inglesa del escritor: descendiente de católicos, judíos, cuáqueros, metodistas y anglicanos, de pastores, de escritores y maestros, de un coleccionista de cráneos, del fundador de un manicomio, de libreros y editores. Y todo un entramado relacional que vincula esta genealogía con grandes nombres de la época: Mary

Shelley y Lord Byron, Charles Darwin, las hermanas Brönte o el capitán del Titanic.

Las coincidencias entre la personalidad de Borges y, por ejemplo, la de su antepasado William Haslam están al borde de la verosimilitud. Leemos: «Desde joven sintió singular amor por los libros. A pesar de una creciente pérdida de la vista, que se prolongó durante varios años hasta llevarlo a la ceguera, continuó coleccionándolos hasta el final de sus días; los volúmenes de su biblioteca se contaban entre sus bienes más preciados. Tenía el don de la palabra: era brillante y elocuente en su expresión y le gustaba citar a antiguos escritores. En la vida social era jovial y amable; sus amigos recuerdan su agudo sentido del humor, su notable habilidad para detectar el absurdo y su velocidad de réplica. Su nombre era William Haslam, pastor metodista y tatarabuelo inglés de Jorge Luis Borges».

Escrito con un estilo muy amable, de alguna manera el libro podría dividirse en dos: una primera parte en la que se reconstruye la genealogía inglesa de Borges y una segunda, mucho menos extensa, en la que se aplican los nuevos conocimientos para un nuevo análisis de sus textos. Ésta es bastante más floja que aquella, como si estuviera fuera de tono; sin embargo, tiene el mérito de mostrar un camino de revisión que amplía las hipótesis y las conclusiones.

Literatos y excéntricos tiene el doble mérito de informar sobre un aspecto notablemente gravitante en la vida de uno de los más grandes escritores en lengua castellana y al mismo tiempo estimular su relectura.

Javier R. Barquet

Marco Denevi y la sacra ceremonia de la escritura. Una biografía literaria, por Juan José Delaney, Buenos Aires, Corregidor, 244 págs.

Inspirar el aire vital –hondo y sostenido– fue lo que me aconteció al concluir la lectura de esta *opera* de Juan José Delaney, que es mucho, pero mucho más que una biografía literaria: es corporizada escritura de su sensibilidad profunda, de su mente sensible que pergeñó con excelencia un diálogo empático a veces sincrónico y otras, diferido, con Marco Denevi hombre y con su verbo escrito, literario y no.

En el prólogo, Delaney sostiene:

Respecto de la biografía de un escritor en función de su obra, ahora que las miradas de la crítica se concentran en el texto con exclusión de cualquier borde adyacente, afirmo mi convicción de que el conocimiento de la vida del autor contribuye a alumbrar su escritura; más aún: provee elementos que

más allá del texto convalidan el aserto de que para los literatos la pregunta sobre qué es la literatura, aparece atada a la de todos respecto de qué es la vida.

Vale aclarar –ya desde ahora– que nuestro biógrafo no sólo no hace equilibrio sobre bordes, sino que de ningún modo detiene su penetrante, observadora, cálida y competente voz en y sobre adyacencias. Por el contrario: años de concentrada mirada y vínculo con la palabra de Marco Denevi, se plasmaron en esta visión integradora de vida y obra, obra y vida.

Luego de una compendiosa cronología que camina entre nacimiento y muerte, se abren las cinco partes del libro, también cronológicas.

La primera (1920-1954) fondea en la vida familiar y su entorno situacional témporo-espacial, social-cultural. Hay referencias a sus copiosas lecturas, a la importancia de su paso por el Colegio Nacional Buenos Aires, donde mereció Medalla de Oro y a su incursión en el Derecho. Dentro de este último marco que tuvo que ver con el de su vida laboral –jefe de la Asesoría Legal de la Caja Nacional de Ahorro Postal–, y habiendo ya abrevado apenas en la escritura, nos cuenta Delaney que las novelas victorianas –dominante *La piedra lunar* de Wilkie Collins– «inspiraron a Denevi un argumento que primero concibió como para un cuento» y que transformó en novela «en su escritorio de funcionario público» para presentarse al concurso organizado por la Editorial Kraft en 1954. Explica Delaney: «También en la estructura del relato influyó Wilkie Collins: el recurso de una misma historia contada por voces distintas, en efecto, la tomó del escritor irlandés».

La segunda parte (1955-1967) comienza con una fecha sintomática: 15 de marzo de 1955. «Había nacido un escritor», escribe Delaney. *Rosaura a las diez* fue la novela ganadora en ese concurso y fue señal e hito: el antes y el después en las dos vidas de Marco Denevi –la real y la literaria– y en la literatura argentina. Cabal la apreciación de Delaney: «(...) *Rosaura a las diez* excede ampliamente el género policial, constituyendo una muestra efectiva de indagación psicológica y de ciertos comportamientos humanos cuando el resorte es el amor». Lo que sigue es un análisis e interpretación minuciosos (de sus cinco partes), sobre todo en cuanto al «tema de la sustitución de identidades, asunto clave en *Rosaura a las diez* y recurrente en la obra total del autor».

La repercusión de esta su primera novela fue tal, que «interesó a directores y productores de cine» y junto con el realizador Mario Sofici escribió el guión. Hubo luego adaptaciones para el teatro y la televisión.

1955 fue entonces el año decisivo que señala el

comienzo de su actividad escrituraria en revistas y en diarios emergentes locales. Importan también sus guiones cinematográficos y televisivos, amén de la escritura de novelas, cuentos, textos narrativos breves, piezas para teatro y televisión, cartas (literarias y no), ensayos, traducciones, artículos periodísticos, reportajes y otros. Todo esto lo desarrolla ricamente Delaney en su biografía.

1960. Sigue nuestro investigador apuntando mojonos: *Ceremonia secreta*, primer premio en el certamen «Premio *Life* en Español»: jugoso análisis, comentarios lindantes (de otros) y apreciación personal. Y también pantalla chica y pantalla grande (con Mia Farrow, Elizabeth Taylor y Robert Mitchum).

1966. *Falsificaciones* (textos breves) «es un libro del que Marco Denevi siempre se sintió especialmente orgulloso y que nunca se cansó de retocar y ampliar: en más de quince años –a partir de 1956– escribió unos doscientos textos».

La tercera parte (1968-1979) hace nuevamente hincapié en el placer de la lectura, caracterizada por su paradójica condición: la soledad. Y en la soledad de la lectura, y en la otra, muy interior, está –según Delaney–, «la raíz de su vocación de escritor». Y más: está el «proceso de escritura» (su comienzo y su desarrollo) en palabras del mismo Denevi.

Están las formulaciones de nuestro exégeta quien explica el proceso, las técnicas, los procedimientos discursivos, las historias que «se concentran especialmente en los personajes».

Está la distinción entre novela y cuento: la primera, más transgresora (por ejemplo, con pluralidad de voces, como en *Rosaura...*) que el cuento (más clásico): «muchos de ellos inolvidables piezas maestras regidas por la secuencia introducción-nudo-desenlace. Para él lo que diferencia un cuento de una novela es la 'escala' en sentido cartográfico».

Y está la crítica a la crítica en el artículo titulado «Los destripadores de la literatura» (que Denevi publicó en *Letras de Buenos Aires*, reproducido en nuestro libro) y, allí mismo, está la revelación del meollo de su escritura:

Me gusta escribir para escribir. Y me gusta que lo que escribo sirva para rescatar toda esa serie de experiencias, tribulaciones, felicidades y dolores humanos que solamente la literatura recoge.

Y en palabras de Delaney: «(...) entendía que la literatura era una forma de conocimiento».

En relación con su *modus scribendi*, Delaney precisa que «las sucesivas ediciones de sus obras prueban que volvía continuamente a ellas». Y explicita que

revisaba, corregía, modificaba, refundía, reducía, expandía (verbigracia, *Rosaura a las diez*), mutaba, combinaba (asuntos de cuentos y novelas). El porqué y el para qué están contenidos en la voz de nuestro intérprete: «(...) esencialmente los escritores siempre escribimos (o reescribimos) el mismo libro». Pero... ¿qué libro? El que Delaney descubre en todos (que aquí no continuamos citando) los que escribió Marco Denevi (libros –y también no libros–) en los que la escritura es oficiante y hace profesión de fe, de fe consciente en la palabra como expresión del sí mismo.

Por algo el título: *Marco Denevi y la sacra ceremonia de la escritura*.

Kelly Gavinoser

El fondo de la luz, por María Elena Vigliani de La Rosa, Buenos Aires, Áncora, 2005.

Con este poemario, prologado por Alicia María Zorrilla, la autora busca ahondar en vivencias propias e íntimas para así lograr que sus lectores se reconozcan en su poesía.

El fondo de la luz está escrito para aquellas personas que han llegado a cierta etapa de la vida en que desean elaborar una introspección profunda. La autora logra trazar un camino que nos lleva, a través de las letras, a reconocer en su vida nuestra propia historia.

Al comienzo ofrece dos epígrafes correspondientes a escritores de formación religiosa: Blas de Otero y San Juan de la Cruz. A lo largo de la lectura el lector siente una firme unión de la autora con una fuerza espiritual a la que le ruega, le agradece y con la que se desahoga durante el proceso de escritura. Esa fuerza con la que se enfrenta al mundo es algo que llena de esperanza sus escritos.

Los textos están organizados en ocho partes. La primera parte, titulada *Palabra* contiene los poemas «I», «II» y «La pródiga». La obra, propiamente dicha, se abre con las poesías dedicadas al instrumento más valioso que tiene el poeta: la palabra, inicio de todo lo existente y por medio de la cual el escritor crea otros mundos posibles.

La segunda parte, *Tú*, incluye: «Tú», «Nosotros», «Esencias», «Humorada», «1986», «El lienzo» y «Cama matrimonial». Es aquí donde la autora comienza a surgir por entre las palabras. En esta instancia la vida comienza a ser literatura y logra que el lector la acompañe en ese intento de «desnudar el alma».

La tercera parte, *Nuestros hijos*, reúne los poemas: «A la Virgen con libro», «Hijos», «Oración» y

«De vuelta». Este es el punto de inflexión del libro. Habiendo reflejado su devoción por el poder de la palabra y su amor conyugal y maternal, la autora prepara la obra para dar paso a la cuarta etapa, *Fiestas*, donde hace un recorrido por aquellas fiestas cristianas como la Pascua y el Viernes Santo, reflejando el respeto y la importancia de la religión en su vida.

La quinta y sexta parte, *Astillas y Deuda*, configuran el momento «del descenso». La poeta refleja aquellos pasajes de su vida en los que la amargura, la tristeza y la desazón fueron agobiantes sombras.

Finalmente con *Esperanza*, que reúne los poemas de la séptima parte, logra reencontrarse con su luz interior y entonces llegar al epílogo titulado *Diálogo*, donde expresa la necesidad de no solapar el dolor ni la tristeza sino resurgir de esas duras vivencias. Nos habla de ir al comienzo de la vida, de volver a la oscuridad y al silencio absoluto para poder surgir a la vida nuevamente.

La obra incluye pertinentes ilustraciones de Blas Castagna, las cuales completan el mensaje fusionando lengua e imagen.

María Virginia Risso Crespo

***Las brújulas del extraviado. Para una lectura integral de Esteban Echeverría*, por Alejandra Laera y Martín Kohan (comps.), Buenos Aires, Beatriz Viterbo, 2006, 336 págs.**

A doscientos años de su nacimiento, la obra de Esteban Echeverría, situada no sólo en los orígenes sino en los fundamentos de la literatura argentina, apenas se reduce al trato escolar de dos únicos textos, mientras que el resto de su obra permanece en las sombras, incluso para los especialistas. Amparados en la cierta figuración que los aniversarios propician, Beatriz Viterbo publica *Las brújulas del extraviado. Para una lectura integral de Esteban Echeverría*.

El libro, compilado por Martín Kohan y Alejandra Laera, reúne trabajos en torno de dos líneas: *Perspectivas*, que recorre varios de sus textos y evalúa la construcción de una poética y de una imagen, pública y de autor, al tiempo que evidencia una problemática en común: la relación, no siempre armoniosa, entre vida y obra, y *Focalizaciones*, que ahínca en textos específicos y o bien los vincula con argumentos temáticos, formales o ideológicos o bien los liga a cierto aspecto de la cultura argentina.

La del libro es una mirada plural, que por momen-

tos tal vez abruma, pero que, no sin profundidad, amplía la zona de abordaje del autor de *El dogma socialista*: la relación entre persona y autor y su relación con la gloria (Batticuore, Laera), la construcción de su propia imagen de autor a través del análisis del retrato de Ernest Charton (Malosetti Costa), el espacio y la violencia estatal y popular desbordada en «El matadero» (Kohan), la polémica con Pedro de Ángel (Roman y Fontana), la recepción crítica de Echeverría (Quereilhac) o el análisis del *Manual de enseñanza moral* (Bentivegna).

Entre el atormentado poeta romántico y el lúcido intelectual de la nación naciente, el Echeverría que proponen Kohan y Laera se presenta como un puro escritor, un sujeto de escritura. Ahora bien, para responder a la pregunta ¿quién era Esteban Echeverría?, resulta necesario formularse antes otra: ¿Quién creía Esteban Echeverría que era Esteban Echeverría? *Las brújulas del extraviado* es un buen libro para iniciar una respuesta a cada una de estas cuestiones.

Javier R. Barquet

***El ruido de la vida*, por Inés Malinow. Buenos Aires, Editorial Nueva Generación, 2006, 234 págs.**

La memoria siempre tan buena para abonar historias le sirve al narrador para desarrollar una nueva. Según García Márquez, *la vida no es lo que uno vivió sino lo que uno recuerda para contarla*. A través de las tres secciones o partes en la que está organizado el libro *El ruido de la vida*, Malinow revive los años juveniles de su protagonista, una estudiante de Filosofía de veinte años y de un grupo de amigos, compañeros de Facultad. En la primera, nos traslada a Atlántida, una ciudad uruguaya que con sus playas y su aire desenfadado será una pequeña ventana al mar, al bosque y a las relaciones humanas, en donde un acercamiento al amor se convierte en un juego esquivo que muy lentamente va a ir posicionándose estratégicamente en sus vidas.

En la segunda parte, es la ciudad de Buenos Aires la que adquiere protagonismo, especialmente durante los sucesos ocurridos en la universidad, en la época primaria del peronismo y a partir de la lectura del manifiesto de la Federación Universitaria de Buenos Aires, F.U.B.A. que con sus palabras ofrece una seducción indiscutida y fructífera en las mentes y en los corazones de los estudiantes.

Todos participan activamente de los tumultos de esos días y de las consecuencias de un régimen político que se instala.

A lo largo de las anchas avenidas de la capital, por plaza Francia, por el Obelisco, el Congreso, las Marchas de la Unión Democrática desembocarán con la toma de la Facultad y del aula Magna para terminar, las mujeres en el Asilo del Buen Pastor y los hombres en diferentes reparticiones de la policía. *El país estaba cambiando, los militares nos devorarían. Esos hilos, esas botas, esas órdenes, cómo salir.*

En la tercera y última parte la ciudad de Buenos Aires aún se prende a los últimos acontecimientos y no quiere perder protagonismo. Los personajes se ven obligados al exilio. Será Atlántida la ciudad receptora de sus sueños, de sus angustias, de sus ilusiones y de sus amores, del descubrimiento de una nueva vida y de la continuidad de los días. Todos buscarán su lugar en el mundo remediando la soledad y construyendo un pequeño y gran universo en donde no va a faltar ni el amor ni el dolor ni la muerte, pero Celina, Denis, Pablo, Nadine, Jorge y los otros, han dejado de ser solamente hombres y mujeres de papel para convertirse por obra de la palabra del escritor en imágenes de espejo de aquellos jóvenes argentinos que luchaban por sus convicciones.

Beatriz Ferrari

***Gemas en el fango*, por Daniel Armando Herrera, Buenos Aires, Simurg, 2005, 268 págs.**

Un crimen, preferentemente un asesinato. El victimario de identidad desconocida. Una pesquisa lenta pero rigurosamente lógica que lleva al descubrimiento de la identidad del criminal, así como también de algún otro misterio secundario que haya surgido en el proceso de la pesquisa. Hasta aquí el argumento de un relato policial clásico.

Se lo ha declarado muerto, se lo ha declarado irrisorio. El género policial parece necesitar de constantes reivindicaciones y reinventiones que alteran su rostro a la vez que lo empujan hacia una evolución que lo deja siempre actual e interesante.

Un cambio esencial en el género fue el desarrollo del llamado «policial negro». El antiguo orden del bien

y el mal claramente definidos se vio alterado para mostrar un nuevo enfoque en el que muchas veces el emisario del bien, el encargado de resolver el crimen, era en sí mismo un emisario del mal. Así, los contornos se dilufan y el nuevo policial hablaba no ya de un mundo racional y maniqueo, sino de uno en el que no existen el bien y el mal y que se muestra corrupto en sus mismas bases.

Un nuevo cambio en el género parece perfilarse en los relatos de este volumen de «cuentos casi policiales». Un enfoque menos drástico, más humilde y tal vez por eso más cercano.

Los personajes de *Gemas en el fango* se mueven entre el crimen. El bien y el mal existen, pero ya no donde se supone que deberían existir, sino que sus fronteras se marcan de una forma pragmática e intimista. Personajes a veces tiernos, a veces tristes, a veces terribles, de pronto se topan con el mal, lo atraviesan y continúan con sus vidas. Pero en este mundo que ha aceptado el mal, son las personas quienes definen los territorios, quienes viven sus vidas y se enfrentan con las decisiones que hacen su existencia. Como sorpresa, como propuesta, como amenaza, como contexto, el crimen pasa a ser parte de sus vidas, pero no las define.

Desde el amor entre criminales hasta la infidelidad conyugal, desde el acto fortuito hasta el plan perfectamente trazado, desde lo cotidiano hasta lo inverosímil. El crimen se nos muestra en estos relatos no ya como algo extraordinario sino como algo cotidiano. Y en el crimen, seres humanos que viven sus vidas. La ley ya no es sinónimo de nada, pero tampoco define la corrupción. El registro de lo legal simplemente ha dejado de importar.

Tal vez lo que más sorprende en estos relatos es que a nadie se le pide que se abstenga del crimen, tal vez porque éste ya no define en sí el valor negativo, y son pocos los que parecieran poder hacerlo.

La mirada sobre estos personajes es de compasión y de juego. En este su segundo volumen de cuentos, Daniel Herrera nos ofrece una serie heterogénea de propuestas. Algunas son historias divertidas, otras son historias de amor, invenciones del crimen, vidas que se cruzan en algún momento, argumentos ingeniosos o interrogantes que quedan abiertos.

Relatos interesantes, tiernos, cotidianos. Relatos casi policiales.

Marcos Rodríguez

EL LIBRO EXTRANJERO

Isaac B. Singer. *A Life*, por Florence Noiville. Traducido al inglés por Catherine Temerson. Farrar, Straus & Giroux, New York, 2006, 192 págs.

Cuando en 1978 la Academia Sueca otorgó el Premio Nobel de Literatura a Isaac Bashevis Singer, Jorge Luis Borges cuestionó la importancia del narrador judeo-norteamericano. Y la verdad es que, como el argentino, Isaac Bashevis Singer fue un escritor enorme, más precisamente, uno de los grandes cuentistas del siglo XX.

Sin sentido de pertenencia a tierra alguna, Bashevis Singer, que vivió entre 1904 y 1991, nació en Polonia, en medio de una familia rica en rabinos y escritores. A poco de cumplir los treinta, tentado por su hermano Israel, también escritor, emigró a Estados Unidos donde escribió, en *Yiddish*, la parte más importante de su fecunda producción. Allí la decisiva intervención de su paisano Saul Bellow (también Nobel de Literatura, en 1976), quien lo tradujo al inglés, inició la expansión de una obra que ya no conoce fronteras.

Previsiblemente, la inquietud religiosa y las dudas sobre cuestiones teológicas atraviesan su escritura, lo que no impide que lo social constituya, también, una cuestión relevante. En otro sentido, con sus narraciones Bashevis Singer recuperó para siempre el mundo de los judíos en la Europa del Este y dio cuenta de la siempre traumática experiencia del inmigrante. Es lo que podemos advertir en las novelas *La familia Moskat*, *El mago de Lublin*, *Escoria*, *El certificado*, *El esclavo*, *Sombras sobre el Hudson*, en los volúmenes de cuentos *En la corte de mi padre*, *La muerte de Matusalén*, y en las páginas autobiográficas que reunió en *Amor y exilio*. Estos títulos circulan profusamente en nuestro medio.

La autora de esta biografía, periodista de *Le Monde*, se sirve de cartas, testimonios y de los variados recursos que el género impone para dar cuenta de las contradicciones y, muy especialmente, de la vida personal del autor. No pocos libros y artículos se ocuparon de la obra de Bashevis Singer. Acaso sea por eso que Florence Noiville se concentre en los días del escritor más que en sus trabajos y mencione muy tangencialmente las obras que fueron decisivas en su formación; elude, por lo demás, el proceso de escritura, cuestión tan atractiva para los estudios literarios. Aunque narrada con la superficialidad que suele caracterizar a los textos de tantos periodistas, la historia de Noiville logra, sin embargo, asomarse a zonas oscuras y aun a miserias del autor de *Un amigo de Kafka*.

Por lo expuesto, esta biografía no contribuirá, ciertamente, a mejor comprender la escritura de Isaac Bashevis Singer, tan humana, tan directa, tan expresiva de esa compasión que, según Schopenhauer, debe regir las relaciones humanas. Aunque, en rigor, anclada en el legado cultural de sus mayores, y eco de una tradición tan rica como milenaria, a diferencia de otras, la escritura de Bashevis puede prescindir de intermediarios.

No es por nada que la autora preludia su trabajo con una cita del escritor acerca del género biográfico: «Cuando uno verdaderamente tiene hambre no se propone dar con la biografía de un panadero.» Y lo evoca también cuando afirmó que si su admirado Tolstoy hubiera vivido en la vereda de enfrente, nada hubiera hecho para encontrarlo porque lo que cuenta es el legado literario, no el hombre. Significativa manera de empezar un libro que termina mostrando, una vez más, que frecuentemente la obra suele ser superior a su autor.

J.J.Delaney